



MUNICIPALIDAD DE
LIMA



BICENTENARIO
PERÚ 2021

Cuentos escogidos



Torcuato Tárrago y Mateos

TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS

CUENTOS ESCOGIDOS



MUNICIPALIDAD DE
LIMA

Torcuato Tárrago y Mateos

Nació el 10 de mayo de 1822 en Guadrix, Granada, España. Fue escritor, militar, músico y periodista.

Escribió novelas históricas, libros de viajes y folletines; además, fundó la revista *El Eco de Occidente* junto con Pedro Antonio de Alarcón y Ariza, en Granada, España. Entre sus obras destacan *El ermitaño de Monserrate* (1846), *Los celos de una reina o El amor de una mujer: novela histórica* (1849, 1865, 1883), *Carlos II el Hechizado: El anillo de una dama* (1850), *El dedo de Dios* (1854), *Carlos II el Hechizado: ¡No hay esperanza!* (1854), *El Pontificado: su presente, su presente y su porvenir* (1861), *Turcos y rusos, historia de la guerra de Oriente en 1877* (1879), *Gran viaje universal alrededor del mundo* (1882), entre otras.

Falleció en Madrid, España, el 16 de noviembre de 1889.

Cuentos escogidos

Torcuato Tárrago y Mateos

Christopher Zeceovich Arriaga
Gerente de Educación y Deportes

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Asesor de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Gestora de proyectos educativos

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Manuel Alexander Suyo Martínez
Corrección de estilo: Claudia Daniela Bustamante Bustamante
Diagramación: Andrea Veruska Ayanz Cuéllar
Diseño y concepto de portada: Leonardo Enrique Collas Alegría

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2021

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

CUENTOS ESCOGIDOS

AVENTURAS DE UN REY

I

Durante los años de 1674 a 1679 se ventiló en España una cuestión de gran importancia política. Era esta que, habiendo sido declarada la mayor edad de su majestad don Carlos II, se necesitaba desarrollar, tanto física como moralmente, la naturaleza del rey de suyo enfermiza, y dada, según el rumor y las hablillas del vulgo, a accidentes y suspensiones; y al efecto, tanto los Consejos de Castilla, Aragón e Indias, como los doctores consultados sobre tan grave particular, convinieron el que S. M. se consagrara a los ejercicios corporales de todo género, puesto que este era el medio más conveniente para conseguir el objeto deseado.

Era el rey Carlos II un joven pálido, de cara larga, ojos dulces y expresivos, mirada triste, pelo blondo claro, más bien resignado con el peso de la majestad, que alegre con su poder y grandeza, el cual había vivido casi encerrado en su palacio entre camaristas y nodrizas.

A creer en los retratos que de este monarca nos han dejado, el segundo Coello y Carreño, Carlos II era el último tipo de la casa de Austria; pero tipo lleno de una especie de timidez y de encanto que no podía menos de interesar al pueblo español, puesto que nunca hubo rey más querido por él, que aquel rey niño que había crecido *maravillosamente* a las puertas de la muerte. (Subrayamos la palabra porque el pueblo creía que vivía de milagro).

Así es que, cuando el rey salía de paseo sin conocer tal vez las terribles discordias que existían entre su madre y don Juan de Austria, el pueblo de Madrid le saludaba lleno de alegría, como se saluda a la esperanza después de la tormenta, y a la rosada aurora después de la noche tenebrosa.

Desde que se tomó el acuerdo de desarrollar su endeble organización física, la vida del joven rey varió por completo. Todos los días, por regla general, iba a cazar a los montes del Pardo; por la mañana pasaba dos horas de ejercicio de equitación, después se consagraba al conocimiento de los negocios públicos, a las doce del día pasaba al comedor, en donde S. M. comía con regular

apetito los diversos platos que componían entonces el repertorio del arte culinario español, y, después de un descanso de dos horas, el rey montaba en su coche y marchaba al Pardo, de donde regresaba ya anochecido después de haber gozado de las emociones de la caza.

Los montes del Pardo fueron siempre madrigueras de lobos, y estas alimañas no salían nunca bien libradas de las casi diarias batidas del rey. Este se había declarado abiertamente contra esta clase de animales, y más prefería Carlos matar uno de estos que media docena de corzos o media docena de jabalíes. Como el sentimiento de insistencia es en los cortesanos una cualidad perfecta, las batidas del Pardo se llamaron desde entonces *batidas de lobos*, y la discreta *Gaceta* de aquellos tiempos, siempre que hablaba de este particular, solo se aventuraba a decir lo siguiente:

«El rey nuestro señor salió ayer (o sale hoy) a cazar lobos al Pardo».

Y dicho esto, como preliminar a nuestro artículo, hagámonos cargo de un hecho que por entonces causó no poco ruido en la corte, y que fue, por decirlo así, la primera aventura de S. M. el rey.

II

Subiendo en dirección al norte, serpentea el cauce del Manzanares hasta perderse en los grandes vértices del extenso Guadarrama. Este cauce penetra en el territorio y jurisdicción del Pardo, perdiéndose, si se mira al fondo de la sierra, entre multitud de montes llenos de encinas, que son las madrigueras y cubiles de las alimañas que con tanto afán perseguía el rey.

Carlos, a pesar de su corta edad (dieciocho a diecinueve años), tenía ya la propensión misantrópica, que fue más tarde origen de extrañas y misteriosas enfermedades que lo condujeron a la tumba, y le gustaba verse solo en medio del monte, entregado a sí mismo y sin aquella servidumbre oficiosa que no le permitía gozar de esas expansiones de la vida en que la naturaleza se sobrepone a todos los deberes del hombre.

Le gustaba, sobre todo, sondear la espesura de la vecina montaña; ver correr el agua cristalina por entre las espadañas y mastranzos de la ribera, escuchar el múltiple y variado canto de los pájaros, y sentir esos ecos sonoros

de la naturaleza que se repiten en el fondo de los valles y que tienen algo de convulsivo y agreste, acabando de identificarse con nuestros sentimientos y afecciones.

El buen rey Carlos gozaba con todo esto, y cuando los valles y montes del Pardo le saludaban con los rumores más misteriosos y con sus armonías más profundas, entonces olvidaba la caza y se quedaba como extático, mirando aquí y allá, y recogiendo todos los detalles del conjunto.

¿Era aquello un reflejo poético heredado de su padre Felipe IV? Tal vez sí. Carlos sentía el germen y la intención de lo bello y de lo majestuoso, y vivía, siquiera por ligeros momentos, dentro de aquel mundo fantástico en que él trasformaba a veces el mundo real.

Carlos iba muchas tardes después de haber cazado por las inmediaciones, a colocarse en lo alto de un cerro peñascoso, en cuya parte superior había una casita que más tenía honores de cabaña que de otra cosa.

Había allí una encina secular, que daba sombra a una piedra, la cual, por un raro capricho de la naturaleza, tenía casi la forma de un sillón. La cabaña estaba un

poco a la derecha y desde allí se podían contemplar esos celajes bellos y caprichosos que se proyectan en el cielo de Madrid cuando el sol se pone, y que solo el inimitable pincel de Velázquez ha sabido reproducir en sus cuadros.

Asistía Carlos II a estos variados y hermosos espectáculos de la naturaleza, y sentado en la piedra que mereció en seguida el título de la *Silla del rey*, dejaba pasar las horas en dulce contemplación, hasta el extremo de que el mayordomo mayor, señor duque de Uceda, se veía obligado a llamar la atención de S. M. acerca de la hora o de la inclemencia del tiempo.

Entonces el joven rey volvía a la vida material y daba las órdenes convenientes para regresar a Madrid.

Una de aquellas tardes (creemos que fue en la primavera de 1678), el rey Carlos había perseguido algunos lobos, los batidores los habían muerto, y fatigado tal vez, o atraído por su sitio favorito, se dirigió a la senda por la que se subía a la cima del monte donde acostumbraba pasar las últimas horas del día.

La servidumbre le acompañaba hasta cierto sitio; pero no le seguía, porque el rey lo tenía así determinado.

Cuando el joven rey entró en la plataforma o cúspide del cerro, sintió la alegría natural de verse libre de las ceremonias de la corte, y él por sí mismo, descendiendo de su caballo, fue a sujetarlo en un brazo de la encina que le servía de silvestre dosel. Hecha esta operación, fue a sentarse en la silla del rey, cuando advirtió que la puerta de la cabaña se hallaba abierta y en ella estaba una linda joven, una de esas graciosas serranas que reúnen sobre sí todas las galas de la naturaleza, toda la espontánea belleza de la verdad y del realismo.

El rey, a pesar de ser rey, sintió que su corazón se agitó con violencia, y como era tan tímido, como en la educación especial que había recibido no había entrado para nada la parte que podía afectar a la naturaleza, se quedó como sorprendido y cortado ante aquella silba de los bosques que se le ponía repentinamente delante de los ojos.

Era la aparecida una muchacha que tenía unos ojos negros que echaban fuego, que poseía un cutis blanco y perfecto, que tenía unos labios frescos como las rosas, y, sobre todo, que era dueña de una espléndida cabellera de color de azabache, cuyas exuberantes trenzas formaban

una especie de magnífica corona que aumentaba sus encantos y atractivos.

Tendría unos veinte años, y lo gracioso de su traje, la elegancia de su talle y el esmero con que calzaba su zapato con hebilla y una media encarnada aturdieron al joven rey, que no estaba acostumbrado a tan provocativas apariciones.

Pero, pasado el primer estupor, se acercó lentamente a la puerta de la cabaña con esa turbación propia de las almas cándidas, pero que tan interesante es a primera vista.

Ajena estaba la niña de que aquel pálido personaje vestido de negro fuese nada menos que el rey de España, y por lo tanto ni se alarmó ni sintió agitación alguna con la presencia del aparecido. Antes bien quedó en el mismo sitio, esto es, en la puerta de la cabaña, sin manifestar otro afecto que el de la curiosidad.

—¡Oh! —murmuró al fin Carlos acercándose a la joven—. ¿Vivías en esta cabaña?

—Vivo desde hoy, señor —contestó la muchacha discretamente—. He estado en Ávila al cuidado de mi tía, y como esta ha muerto, me ha traído mi tío Tomás a su lado.

El rey se sonrió, y haciéndose más comunicativo, preguntó:

—¿Y quién es tu tío Tomás?

—El guardabosque que vive en esta cabaña.

—¿Y cómo es que no está tu tío a tu lado?

—Porque está de ojeo en el monte de resultas de estar cazando en él S. M.

Carlos guardó silencio, y sentándose en el asiento de piedra, estuvo algún tiempo callado; pero mirando ya de frente, ya a hurtadillas, a aquella muchacha que cada vez le parecía más bella y encantadora. Venciendo su natural timidez, le dijo al fin:

—Yo vengo aquí todas las tardes, y en verdad que quisiera verte en tu cabaña.

—¿Eres acaso de la comitiva del rey? —preguntó ella.

Carlos no pudo menos de sonreírse, y aunque no tenía ni mundo ni experiencia, replicó:

—Sí; pertenezco a esa comitiva.

La conversación desde entonces fue espontánea: ella le contó minuciosamente la muerte de su pobre tía; dijo que era huérfana de padre y madre, y que se veía obligada a vivir a la sombra y merced de su tío Tomás. El rey la escuchó, y cuando se fue acercando la hora de retirarse, le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo María.

—Pues bien, María —replicó el monarca—, hasta mañana.

III

Carlos II fue fiel a la cita: su juvenil ardor se había despertado ante aquella hermosa joven que reunía sobre sí todos los encantos de la naturaleza, y menos tímido, se dirigió a la tarde siguiente a la solitaria cabaña donde tenía la costumbre de ir.

María estaba a la puerta, pero estaba asombrada, tenía muy abiertos sus grandes ojos, y se hallaba pálida como el alabastro.

Cuando el rey se le acercó para saludarla, ella balbuceó algunas palabras.

—¿Por qué tiemblas? —preguntó Carlos.

—Señor, me han dicho que tú eres...

—¿Quién?

—¡El rey!

Carlos se sonrió y preguntó:

—¿Quién te ha dicho tal cosa?

—Mi tío Tomás, y por eso... perdóname... no sé lo que me sucede en este instante.

Carlos la tranquilizó: le dijo algunas palabras cariñosas y se manifestó más expansivo. El rey no había tenido tan cerca de sí una joven como aquella y se sintió atraído por sus encantos, por su sencillez, por su candor, en tales términos que cuando la segunda tarde dejó la *Silla del rey* para regresar a Madrid, no pudo menos de preguntarse a sí propio:

—¡Cáspita!, ¿sí estaré enamorado de la sobrina del guardabosque?

IV

Hay novelas en la historia y esta es una. Carlos II, de resultas de aquella aventura, concibió una pasión por María que bien pronto se hizo transparente a los cortesanos que lo acompañaban. María por su parte no tenía experiencia de ningún género, y sin comprender los abismos en que podía caer, se dejó llevar de los sentimientos de aquel joven que por vez primera sentía todas las expansiones del corazón.

La soledad, el prestigio, la fascinación, el encanto, la naturaleza, todos eran incentivos para avivar el fuego de los deseos y las dulzuras del amor. El rey se dejó llevar de sus sentimientos, y en su misma reserva se comprendía el amor que le dominaba.

El duque de Uceda no pudo menos de alarmarse al ver que todas las tardes, en vez de cazar, el rey se dirigía inmediatamente a la cabaña del guardabosque y descendía de ella mucho después que el sol había desaparecido del horizonte.

Esta alarma cundió en aquella corte tan severa y tan apegada al ceremonial de las tradiciones y la rigidez en materia de buenas costumbres.

Cuando la noticia cundió, no se dejó de hablar de los amores del rey.

—Déjalo —decían muchos—; deja a ese corazón noble y generoso que busque en los altos sentimientos de su alma los afectos de la simpatía y del amor.

—No, no; matarás entonces esa alma tan pura —contestaban otros—. Es preciso que viva para su reino, no bajo la merced de una cualquiera.

Pero mientras esto sucedía, los Consejos de Castilla, Aragón e Indias tomaban la medida más impolítica que puede concebirse sobre el particular.

La sobrina del guardabosque puede ser un obstáculo para la buena gobernación del Estado: pues que se le conduzca al Monasterio del Carmen en Ávila, y allí tome el velo para poner entre el rey y María una eterna barrera.

¿Se llevó a cabo esta determinación? He aquí un misterio de aquellos tiempos. Lo que sí está demostrado entre cosas que no dejan de sorprender y de tener analogía con lo que decimos.

En un *papel* que se publicó por entonces en la corte se leía lo siguiente:

Curiosa relación de una joven arrepentida que ha dejado los goces mundanales por buscar la paz de su conciencia, y la cual ha tomado la religión reformada de santa Teresa de Jesús para edificación de los fieles y pecadores.

Además de este papel, el rey perdió su afición de ir al Pardo a cazar lobos, y no hubo fuerzas que le obligaran a seguir en aquella distracción que tan bien sentaba a su salud y tan en armonía estaba con su carácter.

Lo que también está patentizado es una enfermedad que padeció S. M. con grave riesgo de su vida, y la cual fue seguida de accidentes y alferecías muy alarmantes.

Lo cierto es que aquella primera aventura de Carlos II le costaba toda una existencia de males, terrores y dolores

profundos. Cortadas las alas de aquella joven águila real, vino a ser el juguete de la Europa.

Se le casó dos años después... Pero el mal ya no tenía remedio.

La pobre María fue una gota de agua que se perdió para siempre en el tenebroso océano de la existencia.

EL ESCAPULARIO DE MI ABUELA

I

Mi amigo Pantaleón había sido mi compañero de universidad, y por regla general ambos hacíamos gala de malos estudiantes. Si bien éramos notables en el aula por nuestras constantes faltas, siempre éramos los primeros cuando había algún alboroto estudiantil, algún conato de rebeldía o algún alboroto doméstico. A retaguardia de los estudios, y a vanguardia de todos los escándalos habidos y por haber, nuestra fama hacía temblar a todos los bedeles y a todos los empleados de escaleras abajo del claustro.

Un día mi amigo Pantaleón lanzó una mirada desdeñosa sobre todos los libros de nuestro repertorio, y me dijo con tono doctoral:

—Chico, ya sabes que estoy volcanizado por las piruetas de la Cachumeli, bailarina de tercer orden del circo; tú te abrasas por los escorzos de Pancrasina, su compañera; los dos bebemos los vientos y nos relamemos

de gusto por estas dos Euterpes de la moderna coreografía: ellas se dejan querer... Por consiguiente, he determinado que las robemos al empresario y nos larguemos con ellas al fin del mundo.

—¡Demonio! —exclamé entusiasmado por aquel exótico arranque de mi amigo—: el pensamiento es sublime; la realización es problemática. Para emprender ese largo viaje necesitamos dinero, y el dinero es hoy el gran problema de todos los estudiantes y de todos los ministros de Hacienda.

Pantaleón me miró con desdén, y extendió sobre la mesa unos cuantos billetes de banco.

—He aquí —dijo— los proyectiles que poseo para que pasemos tres meses disfrutando de los saltos de la Cachumeli y Pancrasina.

—¡Sublime! —grité admirado—. ¿De dónde ha venido esta nueva lluvia de Dánae?

—¡Bobo! ¿Has olvidado a mi abuela...? Mi abuela es el gran filón que poseo... Ella me manda lo que le pido cuando le hablo de Agamenón; es decir, de cierto

capitán de dragones a quien ella en sus juveniles años dio tan mitológica nomenclatura. ¡Ah, diablo...! Es toda una historia... historia poética, horripilante, espectral, sublime, terrorífica, digna de figurar en las obras de Ann Radcliffe... Escúchala, pues, y creo me darás la razón. De este modo mataremos el tiempo mientras suena la dulce hora de ir a ver a nuestras palomas, que ocupan el más empinado sotabanco de la calle del Piamonte...

La idea de oír contar una historia era para mí una pesadilla; pero cuando esta historia iba a ser contada por mi amigo Pantaleón era otra cosa.

Este guardó los billetes y se recostó en una butaca; yo me tendí homéricamente en el sofá, y me preparé a dos cosas razonables: a atender y a dormir.

—Ahora, *escucha y tiembla* —me dijo Pantaleón—. Voy a descorrer ante ti uno de los secretos de mi familia.

II

Mi abuela tuvo la grave desgracia de no ser bonita en su juventud. Era morena, alta, algún tanto delgada, pero tenía un corazón tan impresionable, como dicen los franceses, cual una burbuja de jabón lanzada al viento.

Aún todavía conserva en el fondo de sus ojos el fuego sagrado de sus veinte abriles, y si la conocieras, de seguro que la apreciarías por su carácter apacible y tranquilo. Solamente desbarra cuando se le habla de Agamenón, o sea del capitán de dragones. Le profesa un culto que jamás se extingue en ella. Hoy vive en una casa de campo de su propiedad, y por regla general la encuentras apoyada en una empalizada, contemplando algo que ve en el fondo de su mente. Su traje es caprichoso y tiene algo de parecido con el de aquellas canonesas que tanto dieron que hablar en los reinados de Luis XIV y Luis XV de Francia. Se distingue, sobre todo, por una gorguera de Holanda, plegada y almidonada; por unos ahuecadores de la misma tela, por una larga túnica que en abundosos pliegues le cae sobre los pies, y sobre todo por un

escapulario que pende sobre su pecho. Dicho esto, he aquí la *vera effigies* de mi abuela.

Ahora escucha la historia de sus amores, historia que está sincopada con el mencionado escapulario, y el cual de día y de noche descansa sobre su ya helado corazón.

No creas que en él se vea la imagen piadosa de algún santo; nada de eso. En una de sus fases está el retrato de un hombre como de treinta años, pelo encrespado, mirada torva, bigote corto y una perilla delgada como el filo de un cuchillo, el cual apoya una mano sobre un casco con loba negra, y con la otra se oprime el corazón. Al reverso, se ve dibujada la imagen de un perro.

Excusado es decirte que aquel retrato es el de Agamenón y su perro. Además, en la misma alcoba donde mi abuela pasa gran parte de sus horas melancólicas, cerca de la ventana por la que ve la amena y floreciente campiña, existe sobre una mesa el perro real y efectivo, pero hábilmente disecado, el cual, enroscado sobre sí mismo, está con la cabeza apoyada sobre sus manos extendidas, teniendo los ojos abiertos y encendidos como si estuviese vivo.

A cuantos ven aquel animal embalsamado, mi abuela les dice, lanzando un suspiro que se le arranca del alma:

—Así, en esa misma postura, se encontró muerto al pobre Leal...

—Mas para que comprendas todo esto —prosiguió Pantaleón—, vamos por partes... Escucha el fondo terrorífico de la historia, la que no dejará de entretenerte.

III

Cuando mi abuela tenía veinte años, cuando era conocida por todos con el nombre de la señorita Lucía de Benavente, vinieron a España aquellos cien mil hijos de San Luis que el vizconde de Chateaubriand nos enviaba con el duque de Angulema, para acabar con nuestras discordias intestinas.

Por aquel tiempo, mi abuela sabía de memoria la *Corina*, de madama Staël; cantaba el *¡Triste Chactas!*, de la *Atala*, y descifraba charadas del *Periódico de las damas*, lo cual la hacía pasar por una de las más discretas señoritas que formaban el círculo de las Niñas de la Flor de Lis.

Como este círculo tenía fama en Sevilla, que es donde pasan las escenas que voy a referirte, a causa de su adhesión a la monarquía absoluta, resultó que todos los salones se abrieron a la oficialidad francesa, que acababa de llegar allí con las primeras divisiones de dicho ejército.

Excusado es decirte que las Niñas de la Flor de Lis se despepitaron por los militares franceses, y en las reuniones, bailes y fiestas que se celebraban, más de cuatro infelices quedaron enredadas en los lazos de aquel amor guerrero que las entusiasmaba hasta más no poder.

Una de estas víctimas fue la señorita Lucía de Benavente, mi abuela, quien se rindió esclava de Mr. Laurent, capitán de dragones, hombre que se distinguía por llevar siempre detrás de sí un perro pachón, blanco y canela, de la más pura y hermosa raza.

Explicarte hasta qué grado llegó este amor, sería perder un tiempo precioso. Mi abuela, a pesar de sus setenta inviernos, lo explica maravillosamente. Principió el idilio por billetes perfumados, en donde había siempre dos palomas pintadas acariciándose con el pico, y acabó del modo más dramático del mundo. De día se veían en los salones de la Flor de Lis, de noche a través de una reja que caía a un jardín, en el cual había un estanque donde cantaban las ranas. Allí se juraban y perjuraban un amor eterno. El único testigo de estas escenas era Leal, el perro, y la luna cuando la había. Mi abuela no pensaba más que en amar ciegamente a Mr. Laurent, a quien poetizó con

el nombre heroico de Agamenón, y este amaba, o hacía el papel de que amaba, a mi abuela. Él le dio su retrato, que es el mismo que existe en el escapulario; ella no sé yo lo que le daría, pero si pudiera hablar la reja del jardín y el viejo ramaje de unos jazmines que adornan y tapizan el antiguo muro, acaso sabríamos todo el poema misterioso de aquellos amores sin ventura.

Cuando por último subió al periodo álgido la exaltación de aquellos amores, trataron de buscar la fórmula más sencilla y abreviada para unirse por medio del vínculo del matrimonio. Él solicitó el permiso de sus jefes; ella el de su padre y su madre, pues entonces aún no había *papá* ni *mamá*, de modo que pronto se extendió por Sevilla la noticia de aquella boda, que además de unir dos corazones, parecía unir a dos pueblos diversos y enemigos poco antes.

Se citaron al fin una noche, como la última de aquellas dulces y solitarias veladas que habían pasado envueltos en los perfumes del amor. Eran las diez, hora de la cita, y Lucía de Benavente se colocó en la poética reja a esperar a su amante. La luna, pues siempre este astro hace un admirable papel en todos casos, enviaba sus plácidos

rayos sobre la figura intranquila de mi enamorada abuela. La calle solitaria, la noche silenciosa y una calma cada vez más profunda eran otros tantos auxiliares para aumentar el encanto de aquellas esperanzas del corazón.

Pero pasó media hora y Agamenón no parecía. Mi abuela principió a alarmarse, pues conocía la exactitud de su amante: entonces se fijó en todos los rumores de la noche y tuvo miedo. Algunos pasos resonaban en el fondo de la calle, los cuales se alejaban y perdían al poco tiempo. Algunos minutos después resonaron las once en los relojes de la ciudad. Aquella hora de ansiedad pareció un siglo a la atribulada Lucía. A las once y media, cuando se afanaba en mirar a través de la reja hacia el fondo de la calle, vio al perro Leal, al hermoso y querido pachón del capitán de dragones, pasar solo y precipitado por delante de la mencionada reja. El perro se detuvo, olfateó en todas direcciones, miró a Lucía, agitó la cola en demostración de cariño, y desapareció en seguida con una rapidez extraordinaria.

Lucía principió a llamar a Leal, pero este se alejó lanzando un ladrido extraño y triste.

Mi abuela tembló, y así pasó otra hora.

Cerca era de la una cuando de nuevo volvió Leal a la reja, donde sabía que todas las noches iba su amo. Entonces el perro miró a Lucía, olfateó en todas direcciones y lanzó algunos gruñidos expresivos, como si interrogase a mi abuela acerca del paradero del capitán.

Esta comprendió la ansiedad del perro, y a su vez le preguntó.

—Leal, Leal, ¿dónde se encuentra tu amo?

Algunos ladridos angustiosos fueron la respuesta del noble animal, y en seguida desapareció a todo escape.

Entonces mi abuela principió a presentir alguna desgracia, y continuó en la reja hasta que brillaron los rayos del día. Leal no había vuelto a parecer, y esto era más alarmante. Se retiró a su alcoba y mandó en seguida a un criado de confianza para que tomase informes acerca de su adorado Agamenón, el capitán Laurent.

El criado volvió al cabo de dos horas, diciendo que el referido capitán había salido temprano la noche anterior de su casa y no había vuelto aún a ella. Además,

no se había presentado en el cuartel, y los oficiales de su compañía ignoraban por completo el paradero de su jefe.

Esto aumentó la zozobra, inquietud y tormentos de mi abuela. La corona de flores de su dicha se desbarataba bajo el aliento de la adversidad. Entonces principiaron nuevas averiguaciones; mas por muchos informes y detalles que se tomaban, nada se sacaba en claro acerca del bravo Agamenón. La desaparición de este pasó al dominio público, y en todos los círculos de Sevilla no se hablaba de otra cosa. Excusado es decir la situación de mi abuela. Esta nueva Eloísa principió a sufrir todos los tormentos imaginables.

A la noche siguiente, dominada por una vaga esperanza, volvió a la querida reja, confidente de sus amores, y aunque Agamenón, o sea el capitán de dragones, no pareció, se presentó Leal por tres veces en busca de su amo.

Mi abuela encargó a uno de sus criados que siguiese al perro, pero este se perdía fácilmente a causa de la rapidez de su marcha.

A los tres días se declaró oficialmente por la orden del día de la división francesa, que el capitán de dragones Mr. Laurent había desaparecido.

Leal volvía todas las noches, pero en seguida se marchaba con doble rapidez. Se conocía que el pobre perro no comía por lo delgado que se iba poniendo. Mi abuela estaba casi loca: todas sus esperanzas morían, y su amor, cada vez más vehemente, la condujo a un estado de postración inmensa.

De esta postración a una enfermedad, no había más que un paso, y la enfermedad vino, y no se murió porque, como dice Espronceda, ... *no se mueren de amor las mujeres hoy en día.*

Pero ¿qué había sido del capitán Laurent? El coronel de su regimiento, las autoridades de Sevilla y la familia de mi abuela se encargaron de saberlo, y he aquí el resultado de esas pesquisas.

IV

El capitán Laurent salió como siempre seguido de su perro en la noche de la desaparición. En otras noches su asistente le había acompañado, pero entonces rechazó toda clase de compañía. Se le vio atravesar por la alameda de Hércules a eso de las nueve y media. Unos soldados así lo declararon, añadiendo además que iba con tres o cuatro embozados. Después de este detalle nadie supo más. Los vecinos de la parroquia de San Lorenzo aseguraban que el perro Leal iba y venía durante la noche por aquel barrio. A los seis días, hasta el perro no volvió a aparecer.

Sin embargo, Leal vivía, y el noble perro fue causa para que se supiese algo de la misteriosa desaparición del capitán de dragones.

Fuera ya de Sevilla, y en un grupo de antiguas casas que han desaparecido, había una cuya puerta era muy baja y estaba chapeada de hierro. En esta puerta se estuvo viendo un perro pachón por espacio de bastantes días, que no se movía de aquel sitio. El animal ni comía ni

bebía, y se fue quedando en los huesos y el pellejo solamente.

Afortunadamente, un soldado de dragones pasó por aquel sitio y conoció en el desdichado perro al noble y valiente Leal. El soldado dio parte a su coronel, este avisó a la familia de mi abuela: esta, que se hallaba convaleciente, se enteró del caso, y todos se encaminaron a la casa solitaria.

En efecto, en la puerta estaba el perro enroscado y moribundo.

—Leal, Leal —exclamó mi abuela al conocer al digno animal—: Leal, ¿dónde está tu amo?

Levantó el perro la cabeza y lanzó un ladrido agonizante; agitó la cola, y poco después lanzaba su último suspiro.

Leal moría de hambre, cayendo para siempre en el umbral de aquella puerta.

V

Entonces se supo que en las habitaciones casi subterráneas de aquella casa se había reunido una sociedad peligrosa que concurría a celebrar allí sus tenebrosos conciliábulos.

Una noche entró allí el capitán Mr. Laurent, el bravo Agamenón de mi abuela, y esta es la bendita hora que no ha vuelto a salir.

¿Qué fue de él? Todavía no se sabe.

VI

Mi abuela sufrió una segunda enfermedad más terrible que la primera; se llevó el cadáver de Leal, que más fiel que ella supo morir por su amo... y lo embalsamó.

Después se colocó sobre el pecho el escapulario que he descrito, y por el cual se sabe toda esta terrible historia.

Sin embargo... ¡horrorízate! Mi abuela, a pesar de unos amores tan trágicos, se casó al cabo de cinco años y disfrutó de las delicias matrimoniales cuatro lustros y medio.

Viuda ya, consagró un eterno culto al capitán de dragones.

Hoy, en la casa de campo donde vive, cuenta a todo el mundo la trágica historia de sus amores; recuerda los aires de la *Atala*, y lee en su libro favorito, la *Corina*.

En su testamento me ha legado el escapulario y el perro...

Por eso, para sacarle dinero cuando lo necesito, le escribo en griego, recitándole los versos que Homero consagra a Agamenón.

Con que he aquí la historia de mi abuela y de su escapulario... Creo, pues, amigo mío, debe haberte distraído... Ahora, como hemos pasado el tiempo en estos recuerdos de ultratumba... volvamos a la vida. La Cachumeli y Pancrasina nos esperan. ¿Te parece lógico que marchemos a verlas?

—Sí, sí; en este mismo instante —contesté—; cada cosa en su tiempo: esto es, tu abuela con lo pasado, y nosotros con lo presente. ¡Qué sería de nosotros si solo viviéramos con el tiempo pretérito!

“ Mi abuela tuvo la grave desgracia de no ser bonita en su juventud. Era morena, alta, algún tanto delgada, pero tenía un corazón tan impresionable, como dicen los franceses, cual una burbuja de jabón lanzada al viento...

Colección
Lima Lee



MUNICIPALIDAD DE

LIMA